

La Novela Americana Cinematografica

43

PROPAGANDA



NÚM. 43

30 cts.

Justicia glaciar

por
Leonore Ulric
Robert Frazer
Louis Wolheim

DWAN, Allan

LA NOVELA AMERICANA
CINEMATOGRÁFICA

Publicación semanal

Francisco - Mario Bistagne
Director

AÑO II NÚM. 43

(FROKEN JUSTICE, 1929)

Justicia glaciar

Asunto dramático interpretado
por Lenore Ulric, Robert
Frazer, Louis Wolheim,
etc.

Es una producción FOX

Distribuida por

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Postal-regalo: HARRY HALM

Ediciones BISTAGNE
Paseo de la Paz, 10 bis. - Barcelona



Justicia glaciar

Argumento de la película

Allá en la región polar, habita la raza de los esquimales, una raza extraña, alegre, que lucha siempre contra los rigores del clima.

En los congelados confines del Universo, los habitantes del poblado de Nuwuk esperaban temerosos la llegada del largo invierno.

Varios hombres, cubiertos con abrigos de pieles se hallaban en una de las nevadas calles y decían:

—Nuestros valientes cazadores deben regresar hoy... antes que les alcance la tormenta.

—No hay que temer... Lanak, nuestro cacique, sabrá conducirles a casa.

Era Lanak, el cacique, es decir, el jefe de la tribu esquimal. Hombre joven y valiente, todos le respetaban admirándole por su honradez y espíritu justiciero,

Lanak estaba casado con Talú, la más hermosa mujercita de Nuwuk. Una criatura preciosa, mestiza, hija de un noruego y una esquimal.

Mientras los hombres comentaban la próxima arribada de la expedición de Lanak, Talú, indolentemente reclinada ante la puerta de la casa, meditaba...

Un muchacho esquimal se le acercó y le dijo, señalando la bella ropa con que Talú envolvía su cuerpo de tanagra:

—¡Qué hermosa eres, Talú... con esa piel tan blanca!

Talú lanzó un triste suspiro y respondió:

—¿De qué le sirve la hermosura a una mujer cuando no hay hombres que la admiren?

—Lanak te adora...

—Lanak ha estado ausente durante cuarenta días... Ser la esposa de un gran cacique significa estar sola muy a menudo.

—Tu marido regresará pronto.

—Sí, para marcharse otra vez...

Acaricióse un velo que llevaba arrollado a su garganta y continuó:

—Ojalá que el marino noruego y su mujer, que me dió este chal, volvieran otra vez.

—¿Por qué motivo?

—Ella me contó tantas maravillas de las mujeres blancas... y de su dulce vivir.

—No pienses en eso. Tu vida está aquí.

Talú suspiró, apenada, y entró a su cabaña de esquimal, cuyo techo estaba blanqueado por la nieve.

Horas después llegaban al poblado Lanak y

sus hombres, siendo recibidos por el pueblo en masa, que les ovacionó y tocó en su honor varias danzas llenas de un ritmo nostálgico.

Lanak fué saludando a todos con su aire de hermano mayor, de protector del poblado.

—¿Y mi Talú? ¿Dónde está mi Talú? —dijo.
—¡Qué hermoso es regresar a un hogar cuando le espera a uno una esposa tan bella y buena como la mía!

No tardó en aparecer Talú, quien le abrazó y besó ardorosamente, mientras los pobladores bailaban y seguían elevando al cielo clamores de júbilo.

En medio de la plaza, Lanak mostró a los habitantes las hermosas pieles obtenidas en la cacería.

—Una piel de zorra para ti, Angluk —dijo a uno de sus amigos—. Tus rogativas a los dioses de la caza fueron muy eficaces.

—Mil gracias, amigo!

Pero Talú arrebató a Angluk aquella soberbia piel, estrechándola con voluptuoso deleite contra su pecho.

—Para Angluk, no... para mí —dijo.

—He dado esa piel como una ofrenda a los dioses, Talú —suplicó Lanak.

—Tengo celos de los dioses... los quieres más que a mí... Necesito esta piel.

Y echó a correr hacia su cabaña.

—Dásela a tu mujer. Tú me darás otra cosa —dijo Angluk, transigente.

Así lo hizo Lanak y después de mostrar nuevos ejemplares de pieles conseguidos en las pe-

ligrosas cacerías, se dirigió a su cabaña, llamando fuertemente a la puerta que Talú había cerrado por dentro.

—Déjame entrar, fierecilla blanca... ¡Hemos estado separados tantos días!

—¿Me darás la piel?

—Angluk te la cedió y yo también...

Talú, entonces, franqueó la entrada, y Lanak pudo besar aquella boquita fuerte, roja, nido de pasión y de amor.

—¡Eres mi bello lirio blanco, Talú! —le dijo.

—Por ti lo daría todo...

—Me alegra de que mi padre fuese blanco... porque él me dió el cabello y la piel que hacen que Lanak me ame.

—¡Eres divina, mi amor!

—Me embellezco por ti... como me enseñó a hacerlo la mujer del mercader blanco.

—¡Yo te adoro!

Arrebujándose junto al hombre que amaba, ella murmuró:

—¡Ven, Lanak!... ¡Tengo miedo!

—¿Por qué?

—Trato de ser como las mujeres de nuestra tribu, pero no me parezco a ellas, no puedo ser como ellas...

—No tengas preocupaciones, Talú... ¿Acaso no he sido bueno siempre contigo?

—Es la sangre blanca que corre por mis venas... que me da impulsos desconocidos que me martirizan...

—¡Amame... y verás cómo desaparecen tus tristezas!

Y en el atardecer glacial escribióse una nueva hora de amor.

* * *

Navegaba con rumbo al Norte un viejo barco que realizaba el comercio con los pueblos esquimales.

El mar estaba helado; la quilla del barco iba deshaciendo lentamente las enormes capas que flotaban como bloques de fino cristal. A lo lejos, grandes icebergs, empujados por el viento, eran un constante peligro para la navegación.

En la bodega, los marineros que no estaban de guardia jugaban para matar las horas aburridas de la travesía.

—¿Oís ese ruido? —dijo uno de ellos—. Son los témpanos de hielo cuando chocan contra los costados del buque...

—Vaya una ocurrencia la del capitán, navegar hacia el Norte en esta época del año—añadió otro.

—Va en busca de pieles... y de mujeres—terció otro tripulante.

—Lo que es las esquimales vivirán en las regiones glaciales, pero tienen ideas muy ardientes.

—Por experiencia lo sabemos.

Uno de los muchachos se dirigió a la cámara del capitán Max y advirtió a éste:

—Capitán, es muy peligroso pasar por ese hielo.

—Acércate a la costa y desembarcaremos en el primer pueblo—respondió el capitán, un hombre alto, enjuto, buen catador de todos los placeres.

—Así se hará, capitán.

Desapareció el muchacho, y el capitán, sacando de una alacena una botella de vino y dos copas, acercóse al segundo de a bordo, que en un rincón sentado ante una mesa mataba el tiempo haciendo solitarios.

El segundo de a bordo era un hombre poco afable, con la nariz aplastada como un boxeador.

—¡Bueno, Duque, viejo lobo de mar, brindemos por las muchachas que vamos a encontrar! —dijo el capitán, sonriente, soñando ya en las aventuras fáciles que iban a ponerse a su alcance.

—Vale más que dejemos estas mujeres en paz, o vamos a dar en una prisión federal—respondió el Duque con severidad.

—Yo las sé manejar... hay que tratarlas con la punta del pie.

—Y, sin embargo, las mujeres se enamoran de tipos como tú...

—¡Mírate al espejo y calla la boca! —contestó, picado, el capitán.

—No siempre he sido así. En un tiempo era muy simpático, pero me enamoré de la mujer de un pugilista... y ya ves el resultado—contestó, palpándose la nariz.

Marchó el capitán para saborear a solas el buen vino, y Duque prosiguió haciendo solitarios.

Horas después, el barco llegaba al puerto de Nuwuk.

El capitán y sus hombres desembarcaron, cargados con cajas llenas de chucherías, de objetos sin valor, que iban a cambiar por las pieles de los animales del país.

Vieron al cacique que un poco lejos de ellos hablaba con varios esquimales, señalando con rostro poco cordial a los recién desembarcados.

—El cacique está celebrando una conferencia... Creo que no le hemos caído en gracia—dijo Duque al capitán.

—En cuanto las mujeres vean los artículos que traemos verás lo populares que somos.

No se equivocaba Duque en su apreciación acerca del cacique. Este se hallaba rodeado de varios esquimales y decía con la indignación del hombre que no se quiere dejar robar:

—Una vez más los traficantes blancos vienen a robarnos nuestras pieles.

—¡Es intolerable el abuso!

—Decid a las mujeres que no adquieran cosas inútiles—aconsejó Lanak—. Lo que necesitamos son comestibles para el invierno... no artículos de lujo.

Pero ya las mujeres, curiosas y casquivanas, rodeaban al capitán y a los tripulantes, quienes les mostraban objetos maravillosos.

—¡Vengan para acá, señoritas!... Les traemos los tesoros del mundo para que ustedes aparezcan aún más bonitas—decía el capitán.

Y les mostraban pastillas de jabón, tarros de esencias, collares falsos, farolillos de papel, aba-

nicos insignificantes, pero todo ello nuevo, encantador para aquellas mujeres que vivían una existencia rudimentaria.

Ellas, a cambio de todas aquellas chucherías, entregaban pieles de los más preciosos animales, lo que hacía sonreír al capitán y a sus hombres, contentos de aquel comercio de incalculables ventajas, en que ellos explotaban la ignorancia de las mujeres esquimales.

Lanak y sus amigos, disgustados, al ver que las mujeres efectuaban ya transacciones con los blancos, se alejaron de allí para marchar al Templo.

Entre las mujeres que rodeaban al capitán estaba Talú, la soberbia Eva de piel blanca.

Tiró de una manga al capitán y le dijo:

—Usted es el capitán, ¿verdad?

Volvióse el aludido, y al contemplar a una mujer de su raza y poseedora además de una belleza incomparable, sonriente contestó:

—¡Caracoles! ¡No creía que las había tan lindas por aquí!

—¿Conoce usted a mi padre?—preguntó ella con gran interés—. Era un capitán fornido... como usted.

—¿Cómo se llamaba, preciosa?

—No lo sé... ¡Ah, cada vez que veo un buque creo que es mi padre que viene por mí!

—¿Y cómo es que vive usted en esta tierra?

—Soy hija de blanco y de una esquimal... Me llamo Talú, y soy la esposa de Lanak, el cacique.

—¡Qué suerte tiene su marido!—dijo, mientras la envolvía en una mirada codiciosa, ardien-

te. —¡Una mujer tan hermosa como usted, haría sensación en la tierra de los blancos!

Talú sonrió tristemente.

—Esta noche vamos a dar una fiesta—siguió diciendo el capitán—. Venga a bordo y le daré un traje como los que llevan las blancas.

—Mi marido no me permitirá.

—¡No deje que se lo impida! ¡Las blancas nunca les hacen caso a sus maridos!

Talú se alejó sonriente, mientras el capitán le repetía:

—¡La espero, muchacha! ¡No falte!

Una vez efectuadas todas las ventas de los cachivaches que llevaban y por los que habían recibido cien veces el doble de su valor, regresaron a bordo.

Duque, el segundo del barco, aconsejó al capitán, que le demostraba su entusiasmo por Talú:

—Te he visto robar mujeres en todos los puertos y jamás dije una palabra... pero te aconsejo que no te metas con la mujer del cacique... El cacique es siempre un hombre de cuidado... Y si le quitas la esposa, vas a tener algún disgusto.

—No le temo a nada, a nada. Esa mujer es tan maravillosa. ¿Voy a despreciarla por una cobardía? Ya sabes que soy muy hombre.

Apareció uno de los marineros y dijo:

—Capitán, el cielo está muy encapotado. ¡Se avecina una tormenta!

—Mantén vapor en las calderas para poder hacernos a la mar caso que el hielo se acerque.

Y dile a la tripulación que esta noche se puede divertir a bordo con sus amigas.

—Gracias, capitán.

Y fué a anunciar a los marinos aquella autorización, y los tripulantes volvieron a bajar a tierra para proponer a algunas muchachas esquimales fuesen a pasar la velada a bordo, donde iba a haber fiesta y buenos vinos.

* * *

El cacique Lanak, al llegar a su casa reclamó a Talú el haber adquirido algunos objetos de los blancos.

—Estos blancos no vienen sino a robarme las pieles y a hacerme daño.

—¡No te enajes, Lanak!... ¿Acaso es mía la culpa si la sangre blanca me llama?

—No quiero que te acerques más a ellos. ¡Te lo mando! No te moverás de la choza.

—Eres cruel, Lanak.

Marchó el cacique y ella siguió en su cabaña, lamentando no poder volver a ver aquellos seductores marinos.

Los hombres del poblado volvieron a dirigirse al tempo a hacer oración. Los tripulantes del buque, que bajaron a tierra, encontraron, pues, abandonadas a la mayoría de las mujeres, a quienes invitaron para ir a la fiesta de a bordo.

Ellas aceptaron complacidas con el ansia de ver cosas nuevas, objetos de aquella civilización que sólo vislumbraban y ya maravillaba su espíritu.

Una de las muchachas fué a la cabaña de Talú y dijo a ésta:

—¡Ven conmigo a la fiesta de los blancos!... Regresaremos antes de que nuestros hombres salgan de la casa de los cánticos. En el barco nos enseñarán trajes y cosas preciosas.

—No puedo ir. Mi marido no lo quiere.

—¡Qué lástima, queridita! Yo no quiero dejar perder esa fiesta.

Marchó la jovencita, y por el camino encontró al capitán Max.

—¿Sabes si está el cacique en su casa?—preguntó él.

—No. Está orando en la casa de los cánticos para que los dioses del invierno ahuyenten las tormentas.

—Dile Talú que quiero verla.

Y como la muchacha vacilase, le mostró un collar de cuentas de cristal que le regalaría si cumplía su encargo.

La chica fué a cumplir la orden, y cuando volvió, el capitán le entregó riendo el tosco collar.

No tardó Talú en aparecer. Max la miró con profunda delectación, diciéndose que aquella era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida.

—Vine a llevárla a la fiesta para que vea los lindos trajes que tengo guardados en el barco.

—¡Oh, no puedo!

—¡Volverá antes de que se entere su marido!... ¡Vamos!

Aun dudó la joven, pero el deseo que pal-

pitaba en su corazón de vestir mejor, de entrevistar una existencia que no fuera aquella tan triste y penosa de los esquimales, la indujo a aceptar.

—Le acompañó. Pero volveré pronto.

Y marcharon a bordo... En él se encontraban ya numerosas mujeres esquimales que habían accedido a la invitación de los marineros y se hallaban ahora en la bodega bailando y bebiendo copa tras copa...

El capitán, satisfecho por haber conseguido atraer allí a aquella envidiable mujer, dirigióse con ella a su camarote.

Para ir a él debía pasarse por un saloncito donde estaba jugando a los naipes el taciturno Duque.

—Pon algo en el fonógrafo para que lo oiga la señora—le ordenó el capitán.

Duque obedeció, mientras iba a su cuarto para buscar uno de aquellos vestidos femeninos con los que pensaba cautivar a Talú.

Quedó Talú unos instantes escuchando la música del fonógrafo, que Duque interrumpió de repente para decir:

—Se lo aconsejo, señora. Vale más que regrese al lado de su marido.

—Pero...

Apareció el capitán trayendo un vestido de mujer.

—¡Pruébeselo! ¡Entre en mi cuarto!

Acarició Talú, maravillada, aquel traje que iba a embellecer su persona. Olvidó las pala-

bras de Duque para sentir únicamente el halago de aparecer más bonita.

Y entró en el camarote del capitán. Este le dió también unas medias de seda y unos lindos zapatos.

Max esperó en la salita a que Talú se compusiera. Duque, mirándole con severidad, adivinando todo lo que pasaba en el alma de su superior, le dijo:

—¿Por qué no eres decente con ella, Max?... No te olvides que su padre era un blanco y capitán de buque, lo mismo que tú.

—A mí qué me importa?

—Y, además, su marido es muy capaz de abrirte en canal con un arpón.

—Jamás he temido a nadie.

—¡Nos vas a meter a todos en un gran lío!

—No seas pesimista. Todos debemos divertirnos. Vete a la bodega y escoge a una de las muchachas. Verás cómo se te pasa el mal humor.

A la misma hora un esquimal entraba en la casa de los cánticos del poblado donde estaba orando toda la tribu, y decía con gran agitación:

—¡Nuestras hijas y nuestras mujeres han ido al buque de los blancos! ¡Los dioses de la Tormenta están iracundos!

—¡Maldición! —gritó Lanak—. ¡Vamos allá!

Y salieron en dirección a la playa.

Mientras tanto, el capitán había entrado en su camarote, donde Talú se hallaba ya vestida con un traje lindísimo.

La miró con profunda ilusión y dijo:

—¡Talú, eres encantadora!

Ella sonrió, mirándose al espejo, feliz de verse con uno de aquellos vestidos que llevaban las mujeres blancas.

Sacó el capitán una botella de champán y dió a beber una copa a la joven.

—¡Brindemos por que nuestra amistad sea duradera!

Ella, al principio, rechazó aquella bebida picante, pero acabó por sentir una suave frescura interior y saboreó otra copa de vino, que le produjo un extraño aturdimiento y una laxitud misteriosa.

—¿Qué? ¿Te gusta este vino? —dijo Max, acariciando los brazos ebúrneos de ella.

—Sí... sí!...

—Ah, si tú vivieras aquí!

Llamaron insistenteamente a la puerta, y el capitán, furioso porque le interrumpían en aquel momento, fué a abrir.

—¡Se ha desatado un huracán! —dijo Duque— y el hielo se nos viene encima!

—No seas aprensivo... y déjame...

—Si no salimos de aquí, el hielo nos va a hacer añicos, capitán...

—Muy bien. Pues haz rumbo al sur.

—¿Y las mujeres?

—Que las manden a tierra... pero vamos a llevarnos una pasajera —continuó, riendo.

Salió Duque refunfuñando contra el vicioso capitán, mientras éste volvía al lado de Talú, que se sentía ligeramente mareada.

—¿Es que vamos a marchar? ¿Qué has di-

cho? ¡Oh, yo necesito volver a tierra!—exclamó ella con repentino terror.

—No, no vamos a marchar. Quiero que permanezcas aquí esta noche para que sepas cómo son los besos de los blancos...



—¿Qué? ¿Te gusta este vino?

Y le dió un beso terrible que pareció absorber toda la vida de ella... Y Talú, loca, deslumbrada, aturdida a causa del vino, le besó también furiosamente.

Pero en aquel instante una formidable conmoción sacudió al buque que pareció resquebrajarse en sus entrañas.

El huracán había empujado un iceberg con-

tra uno de los costados del barco, y éste aparecía medio aplastado.

Presintiendo la terrible catástrofe, el capitán se levantó y separando de su lado a aquella mujer, salió a cubierta, que se estaba llenando de agua, y asomóse a las escotillas, donde presentó un espectáculo horroroso.

Toda la bodega estaba llena de escombros, y entre ellos se veían muertos a numerosos marineros y mujeres.

Al propio tiempo vió el capitán al cacique Lanak y a sus esquimales que subían a cubierta lanzando gritos de venganza.

Temiendo por su vida, saltó por la borda a tierra, deseoso de ocultarse en algún rincón de la costa.

Duke escapó también, siguiendo los pasos del capitán.

Lanak y sus hombres, locos de dolor, corrieron hacia la bodega, contemplando el terrible cuadro de ver muertas, aplastadas bajo vigas y tabiques a todas aquellas pobres mujeres que habían cometido la imprudencia de visitar el buque.

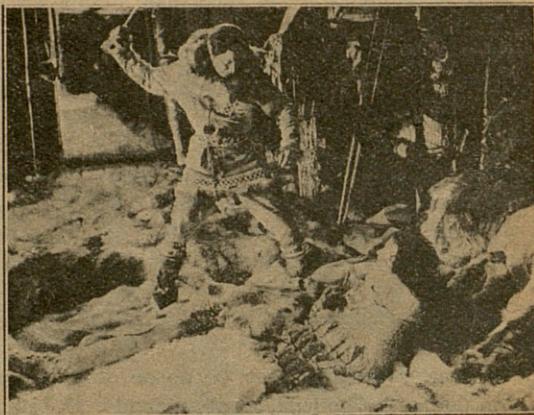
Talú, asustada, había salido del camarote del capitán... En él la encontró aún su marido, quien, rojo de indignación y de ira, la cogió brutalmente y le dijo:

—¡Desdichada! ¡Tú también aquí, a pesar de mis órdenes!... ¡Te he de desgarrar a latigazos ese vestido que llevas!...

Y abandonando el barco, que aparecía casi hundido, Lanak, al llegar a la playa, comenzó a

azotar brutalmente a aquella pobre mujer y a marcar sobre su cuerpo de nieve los arabescos trágicos del castigo.

Duque y el capitán, a lo lejos, ocultos entre



... comenzó a azotar brutalmente...

las rocas, sin ser vistos, presenciaban lo que sucedía...

¡Pobre mujer... y pobres de ellos si eran descubiertos también!

* * *

Habiendo marchado del barco todos los esquimales para dirigirse al templo a rezar por las almas de los fallecidos, el capitán volvió

al buque, convenciéndose de la magnitud de la catástrofe.

Todos los tripulantes habían muerto y el buque estaba casi roto en dos pedazos y por consiguiente inutilizado para navegar.

¡Y se encontraban a quinientas millas del puerto más cercano!...

Sin embargo, como conservaban dinero, se dirigieron a la mañana siguiente a adquirir un trineo tirado por cuatro hermosos perros que en marcha regular les irían alejando de aquella tierra trágica. Un esquimal les proporcionó el trineo a cambio de unas monedas de oro.

Cuando se disponían a partir, sin que por fortuna para ellos les hubiesen visto los demás esquimales, apareció Talú, quien arrodillándose ante aquel capitán que tenía para ella la fascinación de la raza blanca, le dijo:

—¡Lanak me dió de latigazos como a un perro!... No puedo quedarme aquí ahora... Llévame contigo.

Sonrió el capitán... acarició los cabellos de aquella mujer deseada y no conseguida aún, y a pesar de las buenas advertencias de Duque para que no se la llevara, le dijo:

—Te vienes conmigo... A mi lado serás feliz.

—¡Todo antes que volver a estar aquí!... Esa vida... esos hombres... me dan horror...

A unos cincuenta metros de distancia apareció en aquel momento el cacique al frente de un grupo de hombres.

—¿Qué hace esa mujer contigo?—clamó Lanak—. ¡Déjala en el acto!

El capitán estrechó a Talú contra su pecho.

—Les podrás pegar a tus esquimales... pero no a una mujer blanca—le gritó.

—¡Miserable! ¡Has traído el deshonor para mí... y la muerte para los míos! ¡Dame esa mujer!...

—¡Ven a tomarla!

En el momento en que iba Lanak a avanzar, el capitán Max descerrajóle un tiro y el pobre cacique cayó en tierra manchando con sangre el nevado suelo.

—¡Oh, Lanak, Lanak!—gritó Talú, como si resurgiera en su alma el inmenso amor hacia su marido.

—¡Duque, súbela al trineo y marchemos antes de que nos hagan pedazos!—dijo el capitán.

Duque, a regañadientes, cogió a la muchacha y la hizo sentar en el trineo.

—¡No... dejadme... dejadme ir...! ¡Lanak... mi Lanak... no puedo abandonarte!—decía ahora aquella pobre mujer, que parecía despertar de una dolorosa pesadilla.

Pero el capitán azuzó a los perros y el trineo avanzó rápidamente sobre la nieve, llevando su preciosa carga.

Los esquimales que habían estado rodeando el cuerpo de Lanak, al ver partir el trineo quisieron correr detrás de él para castigar a los criminales. Pero Angluk aconsejó con prudencia:

—¡Dejadlos marchar!... Es mejor que Talú regrese a la tierra de su padre...

Y sin volver a preocuparse ya más de la mujer, atendieron al pobre cacique, que respiraba

fatigosamente, como si se hallase en los estertores de la agonía.

* * *

El poblado de Nome era lugar de entrada a los nuevos campos auríferos y estaba invadido



—¡Oh, Lanak, Lanak!

por los parias de la sociedad y del hampa de todas las naciones; lugar donde la ley y el orden brillaban por su ausencia y donde el vino, las mujeres y el juego imperaban noche y día.

El capitán Max llevaba algunos meses viviendo en aquel poblado, desde la pérdida de su

barco. Se había interesado en varios negocios de oro que parecían irle muy bien.

Con él estaba Talú, la antigua esposa del cacique, que ya vivía en tierra blanca y con gentes que eran de la raza añorada tantas veces... ¡Pero cuán distinta era ahora la realidad!

Obligada a actuar de bailarina y de canzoneñista en una taberna, teniendo que vivir en un doloroso ambiente de vicio y de brutalidad, lamentaba haberse alejado de su tierra esquimal. Además se encontraba enferma, a veces sentía que el corazón le fallaba. El capitán Max no era tampoco el amante ideal, el hombre que podía hacerla feliz... ¡Ah! ¿Por qué fué tan loca de creer en sus palabras? ¿Por qué tuvo que abandonar a Lanak, el hombre a quien ella realmente quería?

—¡La tierra de los blancos! —dijo ella a Max un día mientras se arreglaba en su casa, situada cerca de la taberna—. ¿Y es éste el hermoso mundo que me prometiste?

—¡Déjate de quejas! Aquí has ganado el dinero a manos llenas con tus canciones —dijo, pretendiendo acariciarla.

—¡Apártate!

—Te estás poniendo que ni tan siquiera puedo tocarte. ¿Qué te pasa?

—¡Márchate!

El capitán hizo un gesto de desprecio y se dirigió a la taberna, en la que estaba como encargado Duque, el antiguo segundo de a bordo.

Duque se compadecía de veras de la situación de Talú... Y en el fondo de su alma había un

extraño amor hacia aquella criatura mestiza...

El capitán Max sentóse a una de las mesas. Una de las numerosas jóvenes que rondaban por la taberna a caza de conquistas se le acercó y le rogó la invitase a tomar un whisky.

Accedió Max, y la muchacha comenzó a acariciarle con manifiesto impudor.

—Mira a la rubia tratando de hacerle el amor al capitán. ¡Si Talú la llega a ver, va a correr sangre! —comentó otra chica al oído de una compañera.

—Mientras más pronto nos deshagamos de esa mestiza, mejor... Es un obstáculo para nuestro negocio.

Apareció Talú y se le echó la sangre en las venas al ver a Max de palique con la rubia... ¡Traidor!... Después de encontrarse ella por su culpa en aquel ambiente, ahora el capitán festejaba con las otras.

Entristecida, abatida bajo el peso de dolorosos sufrimientos, cantó una canción de su país, tan tierna y melancólica, que muchos ojos se llenaron de lágrimas.

Acabada la canción, Talú, rechazando los cien brazos que pretendían invitarla, corrió a sentarse cerca del mostrador, haciéndose servir una copa de ajenjo.

Max abandonó a la rubia para ir al lado de Talú, a quien quería a su modo, de una manera violenta, impetuosa. Talú, dolorida por su permanencia entre aquella gente, nada dijo al capitán que reía preguntándole el motivo de su enfado.

Apareció Duque y dijo cariñosamente, viendo cómo ella se envenenaba con aquella mixtura.

—No bebas ese ajenjo, Talú.

—¡Ya te tengo dicho que no te metas en mis asuntos! — rugió el capitán.

—¡Basta! ¡Estoy cansada de veros a los dos riñendo por mí! — gritó Talú desesperada.

Y después de apurar otro sorbo de ajenjo, salió del local. Junto a la puerta encontró a la rubia que firteaba con Max y que ahora la llenó de insultos llamándola "mestiza de mil demonios".

Talú arrojóse sobre ella; lucharon las dos mujeres como gatas celosas, hasta que Talú la rechazó de un violento golpe y salió de aquel establecimiento infecto, donde todo le caía encima.

Regresó a su casa, mientras Max proseguía en la taberna, rodeado de mujeres que se disputaban el amor de ese tenorio de los mares.

* * *

Duque, compadecido de la amarga situación de Talú, fué a verla después a su casita.

—¿Qué te pasa, Talú? ¿Por qué ese rostro tan apenado?

—He cometido una terrible equivocación, Duque —dijo ella que sentía por ese segundo de a bordo bastante confianza—. Yo no pertenezco aquí.

—¿No querrás decir que quieres volver al inmundo villorrio esquimal?

—Jamás debía haberlo dejado... Allí, al menos, me respetaban.



... lucharon las dos mujeres...

—Yo siempre he estado loco por ti, Talú... ¿Por qué no te casas conmigo? —le dijo con voz apasionada.

Ella, en cuya alma sólo vibraba el amor por Lanak, contestó tristemente:

—Has sido bueno conmigo, Duque... pero eso es imposible... Quiero regresar a mi hogar.

—No puedes regresar allí... Si tu marido no ha muerto... te matará.

—Prefiero morir a manos de Lanak a seguir viviendo aquí.

—¡Ah, si así es la cosa... yo... yo mismo... te llevaré! Arregla tu equipaje. Voy en busca de



—Prefiero morir a manos de Lanak...

un trineo. Sabes ya bien que yo siempre te he protegido. ¿Tienes confianza en mí?

—¡Toda!

—¡Pues prepárate! Es preciso que nos demos prisa antes de que el hielo comience a quebrarse.

Salió Duque y ella arregló su pequeño equipaje con el ansia febril de salir cuanto antes para Nuwuk,

Ignoraba la muchacha mestiza que Lanak, su marido, acababa de llegar a Nome en un trineo.

El trineo se había detenido cerca de la taberna, y el hombre que lo guiaba dijo a Lanak:

—Bien... Ya estamos en Nome... ¿Y si Talú no está aquí?

—La seguiré buscando hasta que la encuentre. Porque no puedo, no puedo vivir sin ella.

Un cartel puesto a la entrada de la taberna, le hizo estremecer. Decía así: Talú, la incomparable, la bailarina esquimal, la mayor atracción del pueblo.

¡Ella, ella! Por fin iba a verla, a arrancarla de los brazos de aquella gente, a exigirle una explicación.

Quiso entrar, pero un hombre le barrió el paso.

—Aquí no dejamos entrar a esquimales.

—Quiero ver a Talú, es mi mujer.

—¿Tu mujer? ¡Ah, en ese caso!... Pero Talú ha salido ya. Debe estar en su casa... el último de los edificios a mano izquierda.

Frenético, dirigióse Lanak hacia el sitio indicado.

Pero minutos antes, Talú había salido de su domicilio para subir al trineo que Duque acababa de alquilar y que se había detenido en una esquina.

Duque había dicho a la joven:

—Aguárdame un momento en el trineo. Quiero dejarle una nota al capitán para que no vaya a creer que huyo de él.

Duque volvió a la casa, y mientras estaba es-

cribiendo, le sorprendió el capitán Max, que, al leer los renglones en que su antiguo subordinado se despedía de él, le dijo brutalmente:

—De modo que crees que me la vas a quitar, ¿no?

—Voy a devolverla a su dueño. Ella lo necesita.

—¡No lo conseguirás!

Los dos hombres se arrojaron uno contra otro en salvaje lucha, hasta que el puñal de Max se clavó en el pecho de su contrario.

Cayó Duque en tierra moribundo. Max, despojándole de su abrigo y de su gorra, salió de la casa yendo a reunirse con Talú que creyóle el Duque.

Sin decirle palabra, empuñó el capitán las riendas del trineo y partió velozmente, llevando confiada a la mujer que creía iba a ser devuelta a su marido.

Lanak entró en casa de Talú en el mismo instante que el trineo partía.

Vió horrorizado a un hombre que se desangraba en el suelo y a quien reconoció como a uno de los raptadores de Talú.

—¿Dónde está Talú, dónde está? — preguntóle, angustiado.

Con voz desfalleciente, mirándole con ojos vidriosos, Duque respondió:

—¡Ella te ama! Yo la iba a llevar a tu lado, pero el capitán me hirió mortalmente. Ha salido. Ella esperaba en la esquina, en el trineo.

Y haciendo una mueca, quedó muerto.

Salió Lanak y preguntó a unos transeúntes

acerca del trineo. Le dijeron que acaba de partir para el camino sur, y Lanak, con un ansia febril subió a su trineo y lanzóse en persecución del otro.

—¡Es peligroso ir por ese lado! — le advirtieron. — El hielo puede quebrarse de un momento a otro.

Pero sin hacer caso de aquella advertencia, prosiguió avanzando.

Max, por su parte, seguía azuzando a los perros de su trineo, mientras Talú, temblorosa y abrigada, deseaba cuanto antes volver a verse en su país.

Pero Max no había tomado el camino hacia el país esquimal, sino hacia el sur.

—Duque, estás yendo por un camino equivocado — dijo ella de pronto.

El capitán, que había permanecido silencioso hasta entonces, se echó a reír, y quitándose el gorro, le dijo:

—No te preocupes por eso. Duque ha muerto en mis manos. Yo te llevaré a un país donde sufras menos que en Nome.

—Tú, oh, miserable! ¡Vuélveme, vuélveme a casa de los míos!

¡Mac reía a carcajadas!... Dióse cuenta en aquel instante de que un trineo le perseguía de muy cerca y vió en él al odiado Lanak.

Talú dió un grito de espanto al reconocer al marido que se acercaba y saltó del trineo, yendo a caer sobre unas rocas.

Disparó el capitán Max sobre Lanak, hirién-

do a uno de los perros del trineo de éste, pero el esquimal con violento arrojo llegóse hasta el sitio donde se hallaba el capitán, y entre los dos hombres empezó una pelea ruda, bárbara, de odio primitivo y feroz.

Lanak fué más fuerte y arrojó a su contrario contra un precipicio. Quedó el capitán Max sosteniéndose sobre una de las piedras de la vertiente, en situación difícil y trágica.

Pero entonces el hielo del precipicio empezó a quebrarse, y aquel hombre fué aplastado entre dos grandes bloques helados. Lanzó un grito terrible. Su cuerpo fué triturado por la doble avalancha. ¡Justicia glacial, justicia de Dios!

Lanak presenció horrorizado el fin de su enemigo, y luego se dirigió a auxiliar a Talú cuyo rostro tenía una palidez de cera.

—¡Por fin te he hallado, mi florecita blanca! —le dijo con ansia de perdón—. Vas a regresar conmigo al lado de los nuestros, de nuestra gente.

Pero las emociones y las luchas habían debilitado demasiado aquel corazón de mujer, que se cansaba de latir.

—Yo no puedo decir quién es mi gente, amado mío—respondió con voz ahogada—. Siempre he tenido dos inclinaciones. Me muero, Lanak, y quiero que me perdone.

—¡Con toda mi alma te perdonó! Te amo, Talú. ¡Vive, vive para mí!

Pero cada vez con mayor angustia, ella continuó:

—¡Gracias, Lanak! Me siento feliz de estar en tus brazos una vez más, aunque sólo sea para respirar en ellos.

—No, no morirás, Talú.

—Me va faltando el aire. He sufrido demasiado. Y acaso es mejor que muera. No olvidaríamos ni tú ni yo esos días amargos. ¡Adiós, Lanak! Los dioses son buenos, y cuando tú mueras, me hallarás esperándote.

Y murió.

Y llevando en brazos a aquella dulce mujer, Lanak, llorando desesperadamente, regresó a Nome, pidiendo a los dioses le enviaran también cuanto antes la muerte, para ir a reunirse con Talú, a la que perdonaba con toda su alma.

Y a lo lejos se encendía en el cielo el maravilloso resplandor de la aurora boreal...

FIN

Ha sido revisado por la censura

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

El pagano de Tahití
Estrellas dichosas
La senda del 98
Espejismos
Evangelina
Orquídeas salvajes
El caballero
Egoísmo

Acaba de aparecer:

La máscara del diablo

En preparación:

¡Acontecimiento!

El pan nuestro de cada día

por Charles Farrell y Mary Duncan

¡SIEMPRE LO MEJOR!

Precio: 1 peseta

E
B

